

Horizonte de predicción

José Miguel Viñas

(Publicado en el suplemento “Tercer Milenio”, nº 511.

Heraldo de Aragón, 5 de mayo de 2009)

La Semana Santa es, sin lugar a dudas, la época del año en que la gente está más pendiente del tiempo y de las predicciones meteorológicas. Quién más, quien menos, hace planes en unas fechas tan señaladas. Esos días de descanso para unos y de profunda devoción para otros, se caracterizan, casi todos los años, por tener una meteorología especialmente cambiante. Este hecho, propio del arranque de la primavera en nuestras latitudes, introduce más incertidumbre de la habitual a los pronósticos del tiempo, en especial a los de medio plazo (a partir de 72 horas), que son precisamente los que más demanda el ciudadano.

La fiabilidad de las predicciones ha mejorado notablemente en las dos últimas décadas, en paralelo a como lo ha hecho la capacidad de cálculo de los ordenadores. A pesar de esa evidente mejoría, la modelización numérica del tiempo sigue siendo una herramienta bastante limitada bajo situaciones de “mal tiempo”, como las que suelen acontecer en Semana Santa. El problema no está en saber con antelación y de forma grosera si va a cambiar el tiempo en los próximos días, sino en precisar para un lugar concreto cuál va a ser la naturaleza de esos cambios, en especial si va a llover o no, en qué cuantía lo va a hacer y en qué momento ocurrirá dicha circunstancia. Acertar en esto es, en la mayoría de los casos, cuestión de suerte y no fruto de las capacidades de los modelos de predicción o del buen uso que de ellos pueda hacer el meteorólogo. Lo más honesto en estos casos sería ofrecer los pronósticos en términos probabilísticos, cosa para la que todavía no estamos preparados. Hasta que esa nueva forma de dar el tiempo se vaya implantando, no queda otra que los hombres y mujeres del tiempo moderen su discurso, actúen con honestidad y humildad y huyan de la tentación que supone ofrecer pronósticos a la carta a diez días vista.